

Cómo se vive en el Puente de Vallecas

VISITANDO HOGARES CON LAS INSTRUCTORAS DE SANIDAD

(Continuación de la página central)

mento obligatorio del Centro de Higiene, tenemos actuando hoy en España ciento ochenta y cuatro instructoras, veinte de ellas en Madrid.

Son pocas, poquísimas, si se piensa que en los Estados Unidos, hace más de quince años, actuaban ya más de veinte mil, y que desde entonces acá vienen tomando su diploma entre Nueva York, Chicago, Filadelfia y Baltimore de dos a trescientas cada año.

Son pocas también si se compara su número con el de las que actúan en la mayoría de los países europeos.

Pero son muchas si se piensa en lo que supone su actuación, con relación a aquel "medio social" español de hace dieciséis años, para el cual, según con tanta razón aseguraba el doctor Pittaluga, eran inasequibles tales refinamientos.

Señorita, ¿quiere usted ser instructora de Sanidad?

Spongamos que ante mí tengo una de las muchachas que de vez en cuando acuden a que yo las "recomiende", en la ingenua y constantemente decepcionada creencia de que el modesto nombre de una periodista como yo es el único amarillo de las colocaciones.

Esta vez, al menos, la voy a poder orientar.

Sí, señorita, sí; existe en España una profesión femenina de reciente creación, poco conocida, accesible con relativa facilidad y que asegura el anhelado sueldo del Estado a las muchachas deseosas de "ganarse la vida".

Se ingresa en el Cuerpo de Instructoras de Sanidad por oposición; el sueldo es de tres mil pesetas.

Las horas de trabajo son siete, por término medio, si bien, dada la índole especialísima de este trabajo, es casi imposible de controlar, y en los sitios en que el Centro funciona con regularidad.

Por igual motivo, no existe un régimen fijo del trabajo, que se halla siempre condicionado a las necesidades de los diversos servicios del Centro.

¿Lo que se les exige a las opositoras? Simplemente el título de enfermera expedido por Facultad de Medicina, Escuela Nacional de Puericultura, Cruz Roja Española o Casa de Salud Valdecilla, o el título de practicante o de matrona.

Después de oír estos datos, usted, señorita, pensará, sin duda, que la instructora de Sanidad es, en cierto modo, una variante de la enfermera; algo así como una enfermera a domicilio para las clases necesitadas. No hay nada de eso.

En los Estados Unidos, por ejemplo, la carrera de enfermera y la de inspectora social (que es el equivalente de nuestras instructoras) son distintas y completamente independientes una de otra. Y el hecho de exigir aquí el título de una para opositar a la otra constituye casi un absurdo.

La perfecta enfermera debe estar habituada a una sumisión constante, y su actuación es, en cierto modo, de inferioridad con respecto al médico cuyas prescripciones debe seguir al pie de la letra.

La perfecta instructora, por el contrario, debe poseer, en primer término, excepcionales aptitudes de actividad mental y de iniciativa personal.

La misión de la enfermera es de orden casi puramente físico.

En cambio, la misión de la instructora...

La misión de la instructora es tan com-

instructora, en fin, que no tiene conciencia de su misión, por mucho que domine los conocimientos materiales de su oficio, constituye hoy un peligro social, semejante al de un médico ignorante o un maestro de escuela sectario.

Una labor social que debe hacer mucho bien y puede hacer mucho daño

El médico, en la consulta, aprecia los factores de educación sanitaria que deben ser aplicados a cada caso; la instructora los aplica.

Para ello visita a los consultantes en su hogar.

En sus visitas da instrucciones minuciosas sobre la manera de evitar el contagio de las enfermedades, inculca preceptos elementales de higiene, combate errores y supersticiones, etc., etc., y de cada una de estas visitas presenta luego al Centro un informe detallado en el que incluye hasta un plano de la vivienda visitada.

Si en las enfermas la parte física pudiese separarse de la parte moral, la labor de la instructora sería relativamente sencilla.

Pero como no es así; como, por el contrario, la mayoría de las dolencias físicas, sobre todo en las clases necesitadas, están íntimamente relacionadas con la parte moral, familiar y social, y, más que nada, con la situación económica, resulta que la instructora tiene que ser para sus visitados una amiga-confidente, dotada de excepcionales cualidades de tacto, inteligencia, sutileza, abnegación, serenidad y... alegría.

A la muchacha aspirante a una plaza de instructora, o le haría aquella pregunta que solía hacer un gran ministro de Luis XIV a los que pretendían determinados empleos:

—¿Es usted feliz?

Curioso, pero indiscutible fenómeno psicológico; para visitar los hogares habitados por la desgracia y la miseria, es preciso llevar en sí un caudal de dicha propia.

No se trata, claro está, de la falsa dicha, superficial y alocada, de los inútiles de este mundo, que la buscan en la vacuidad de placeres y diversiones, sino de esa dicha interior que es incompatible con la fatiga y la miseria, pero que va fácilmente unida al trabajo y a la estrechez económica.

Solamente si es feliz así sabrá una mujer "interrogar" y "aconsejar", "ver" y "escuchar", con inteligencia, a los que no lo son, desempeñar con eficacia la sagrada misión de que es investida por el Estado al recibir el título de instructora de Sanidad y poner en el cumplimiento de esta misión, en el "trabajo" cotidiano, en las "visitas" y en los "informes", calor y belleza.

MI aprendizaje de instructora

Puedo hablar con algún conocimiento de causa de las instructoras de Sanidad porque lo he sido durante seis semanas.

Para ello me ha bastado exponer mi pretensión a don Francisco Ruiz Morote, director del Centro de Higiene Rural de Vallecas.

Este Centro es de recentísima creación; el año pasado sólo tenía abiertas algunas consultas; ha empezado a funcionar plenamente este año y ni siquiera ha sido todavía inaugurado oficialmente.

A pesar de ello, en el mes de abril se han celebrado en este Centro dos mil trescientas dieciséis consultas.

Gracias a la amabilidad, al entusiasmo puede decirse, con que el doctor Luis Morote ha acogido mi petición, he podido darme cuenta por mí misma de lo que es, de lo que puede y debe llegar a ser la obra de las instructoras de Sanidad en España.

Acompañando a una de las instructoras del Centro, he realizado cuantas "visitas sanitarias" he querido.

Para nuestros visitados yo era una instructora más, una nueva "señorita del Centro".

Pero, en realidad, yo era una instructora al revés.

Porque la instructora en sus visitas "instruye"; yo, por el contrario, en mis visitas "he aprendido".

Las ocho de la mañana en el Metro

No, no es en la calle de Alcalá, ni en la Puerta del Sol, ni en la Gran Vía donde Madrid se presenta como verdadera "capital europea".

La calle de Alcalá, y precisamente en el trozo comprendido entre Sevilla y Cibeles, en la acera del Circulo de Bellas

Artes, sobre todo en sus horas de más tránsito, o sea de siete a nueve de la tarde, es un apacible paseo provinciano donde las mismas señoritas siempre pasean cogidas del brazo.

La Puerta del Sol tiene algo de plaza pueblerina, gracias a sus "parados", o sea los que "se paran" en medio de la acera, porque no conocen mejor sitio para conversar.

Y la Gran Vía, que podía ser efectivamente lo que pretende, con su anchura, sus autobuses, sus tiendas y su carencia de travías, suele convertirse a la hora del mediodía en todo un aduar africano con su legión de zánganos, tomando el sol.

Si se quiere tener de Madrid una impresión de verdadera "capital de República de trabajadores, etc...", hay que tomar el metro a las ocho de la mañana.

Yo lo he hecho así muchos días, para llevar a cabo este reportaje (las visitas de las instructoras empiezan a las nueve, y cada vez he evocado a los paseantes de la calle de Alcalá, a los "parados" de la Puerta del Sol y a los zánganos de la Gran Vía, como se evocan seres de otro planeta, ante esta humanidad madrugadora y activa a la que me mezclaba durante el trayecto de Lista al Puente de Vallecas.

Señores con maletines y grandes carpetas (evidentemente, viajeros de comercio que salen temprano a realizar el recorrido de su clientela), muchachitas formales, y con traje oscuro y boina (esta boina que ha sustituido el "vello" y que es el "casi sombrero" de la clase media trabajadora y modesta, esta boina que quedará en la historia de la moda femenina como un símbolo de nuestra época); muchachas con libros y, sobre todo, obreros, muchos obreros, no pocos leyendo el periódico.

Y este periódico—detalle significativo y conmovedor—suele ser de la noche, y dice de la llegada a casa, la víspera, de la fatiga, después de la jornada de trabajo y del esmero con que se aparta el diario recién comprado, para saborear su lectura a la mañana siguiente, aprovechando el trayecto en Metro.

(¡Oh! si todos los que escriben ciertos periódicos, tuviesen siempre presente la

**ESANOFELE**  
PILDORAS DEL MOSQUITO  
EL MEJOR ANTIPALÚDICO

buena fe con que sus lectores "tragan" todo lo que se les sirve).

También la salida de la estación de término "Puente de Vallecas", presenta algún carácter de gran ciudad, de suburbios de gran ciudad, los únicos suburbios de gran ciudad que tiene Madrid.

Ahora, que esta impresión es fugaz, no más abandonar la Avenida de la República y alejarse cien metros de la estación metropolitana, y ya se acabó; se cae sin transición en el más triste, abandonado y miserable de los poblachos.

Y ahí, en el punto en que empieza el horror desolado del Puente de Vallecas, se presenta la sorpresa inverosímil de un hotelito flamante, de encendidos ladrillos y de traza moderna que brilla con alegría chocante en medio de la pobre fealdad ambiente.

Es el "Centro de Higiene". El interior del pequeño edificio corresponde perfectamente a la fachada; todo es blanco, de una blancura cegadora con notas verdes en las ventanas, en los muebles, en algunas macetas.

En una oficina, ordenando sus notas de la víspera, ya me está esperando "mi compañera", Josefa Lencina, la "instructora", que el azar, felicísimo para mí, ha elegido entre todas para acompañarme; es decir, para ser acompañada por mí, en sus visitas cotidianas.

Cuando salimos siento cada vez el dolor de no poder coger entre mis manos esta alegría, esta pulcritud, que inundan el "Centro de Higiene" para llevarnos a las casas de "nuestros clientes".

¡Ah! ¿Por qué no podrá realizar este milagro la instructora de Sanidad?

Magda DONATO

El martes, segundo artículo del interesante reportaje de  
**MAGDA DONATO**  
Cómo se vive en el Puente de Vallecas

LA ESTANCIA DE LOS AVIADORES CALVO Y ARNAIZ EN MADRID

Queda aplazada la imposición de insignias a los aviadores filipinos

El acto que estaba anunciado para ayer, en el Ministerio de la Guerra, donde el señor Casares Quiroga había de imponer las insignias de la Cruz del Mérito Militar a los aviadores filipinos señores Calvo y Arnáiz, ha sido aplazado "sine die".

En la tarde de ayer, a las siete, y conforme se había anunciado en la Prensa de Madrid, se celebró en el salón de sesiones de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País el homenaje que ésta tributaba a los heroicos aviadores señores Calvo y Arnáiz.

Los salones de la Sociedad, adornados espléndidamente con plantas y flores, estaban llenos de distinguido público, viéndose también ilustres personalidades y bellas y numerosas damas.

Abierta la sesión por el señor presidente, don José Puig de Asprer, el secretario primero, don José Ortiz Sánchez, leyó las actas de las Juntas general y de oficio, en que se acordó el nombramiento de socios de mérito a favor de los ilustres aviadores.

Seguidamente el señor Serrano Batanero pronunció un bello discurso enalteciendo la hazaña llevada a efecto por los señores Calvo y Arnáiz y pidiendo a los ilustres aviadores que dijieran en su tierra que España ha amado y ama a Filipinas y la considera como una hermana, y que sus puertos son para todos los españoles, hermanos de sangre y raza de los filipinos, la continuación del litoral español.

El señor Puig de Asprer impuso las medallas de la Corporación a los aviadores, haciéndoles entrega de los títulos de socios de mérito.

El señor Arnáiz, con palabras muy emocionadas, dió las gracias a la Sociedad, siendo muy aplaudido, así como el señor Serrano Batanero.

Los aviadores Calvo y Arnáiz irán a Burgos

BURGOS, 18.—Los aviadores filipinos Arnáiz y Calvo han participado al alcalde de Burgos que llegarán a esta ciudad, al aeródromo de Gamonal, el próximo día 25. El primero es oriundo de la provincia donde nació su padre.

Banquetes y homenajes

Cena en honor de los señores Nombela y Castro

Un grupo de amigos y compañeros tienen el propósito de reunirse con los señores Nombela y Castro el miércoles 22 de este mes, en el Hotel Ritz, a las nueve y media de la noche, para celebrar la reposición en sus cargos de la Dirección general de Marruecos y Colonias de ambos funcionarios, modelo de honradez.

Ensalzar la labor de dichos funcionarios sería ocioso, ya que en la mente de todos está todavía presente su gallarda y honorable actitud que llegó a lo más recóndito de España.

No desea la Comisión organizadora hacer de este acto otro objeto que el de un sencillo homenaje a dichos señores, por lo que ruega su presencia a todos los que simpatizan con su actuación.

Las tarjetas, al precio de 18 pesetas, pueden ser recogidas en la Librería Fe, Espasa Calpe (Pl. y Margall) hasta el martes 21, a las ocho de la noche, y en el Hotel Ritz, hasta la hora de la cena. Por la Comisión, Miguel San Andrés, Ricardo Mazo y Guillermo S. de Casaseca.

Del sumario por la muerte del señor Calvo Sotelo

Nuevas declaraciones y cuatro detenciones

El juez especial que interviene en el sumario con motivo de la muerte del señor Calvo Sotelo ha tomado declaración a varias personas. Cuatro de ellas han quedado detenidas y han sido trasladadas a la Cárcel Modelo.

**FERRO-QUINA BISLERI**  
TÓNICO RECONSTITUYENTE  
SIN RIVAL

pleja, tan amplia y tan delicada, que conceder a una muchacha un título de instructora de Sanidad debe constituir para el Tribunal de oposiciones de esta carrera un motivo de perplejidad tan grave como puede serlo para un Tribunal cualquiera la duda entre condenar a un inocente o soltar por el mundo a un criminal peligroso.

Una instructora indigna, es decir, una instructora que aspira a este título simplemente como a un medio cualquiera de ganarse la vida, que se dedica a esta profesión como pudiera dedicarse a la de taquímea o dependienta de comercio; una instructora que desempeña su misión a la fuerza, como quien cumple una obligación penosa; una instructora que no ve en su trabajo más que... eso, un trabajo; una